

DISCURSO

DEL SEÑOR PRESBITERO JENARO JIMÉNEZ, VICERRECTOR DEL
COLEGIO

I

Sobre los fines de glorias y riquezas que impulsaron a los conquistadores del nuevo mundo a llevar a cabo su portentosa empresa, venciendo obstáculos superiores a toda ponderación, debemos colocar un móvil de orden más elevado, aunque no siempre lo sintieran cuando por él iban dirigidos: impélfalos una fuerza divina que les comunicaba bríos y ardimiento en las horas de flaqueza y de prueba, porque en los designios de Dios era ya tiempo de hacer brillar la luz de la verdad y de la civilización cristiana en los pueblos de América, entenebrecidos por la ignorancia y el desorden. El halago aparente y natural fue el anhelo de fama y de caudales, pero la fuerza interior que principalmente les movía era el instinto de la Divinidad que gobierna el mundo y sabe poner en juego, para realizar sus designios, las pasiones nobles de los hombres.

Era tiempo de que Jesucristo, que es la luz del mundo, brillara en las oscuras selvas de América; que EL, la verdad por esencia, penetrara, para libertarlos en los entendimientos de los pueblos salvajes; que EL, Buen Pastor, viniera a recoger en el redil y a alimentar en pastos abundantes, los rebaños de hombres que vagaban a la ventura, errantes fuera del aprisco.

No fue Colón el verdadero descubridor del nuevo mundo: los hombres son señores de un día, y su poderío y prestigio se desvanecen fugazmente; no fue Jiménez de Quesada el conquistador de los dominios que forman hoy nuestra patria; ni los reyes españoles sus dominadores supremos; fue Jesucristo quien, valiéndose de los hombres como de dócil instrumento, halló para sí estas dilatadas regiones, las re-

dujo a su obediencia y les hizo encontrar la felicidad en su imperio.

Instrumento de los designios altísimos de Dios sintióse Colón, consciente de su misión divina, cuando al pisar la tierra que había visto en sueños de repente inspirado, plantó, como primer acto de dominio, la cruz redentora, la bandera del gran rey sobre las playas recién descubiertas.

Más tarde, cuando el ánimo abatido de los héroes españoles flaqueaba, dominado por la bravura de las selvas impenetrables, de las fieras que defendían sus dominios, de los climas inhospitalarios y de los naturales que les rechazaban con violencia, levantaba el ángel visible de Dios, sobre un rústico altar en medio de los bosques y bajo la inmensa cúpula del cielo, la hostia inmaculada, y al través de las especies partían del Corazón de Jesucristo, allí presente, las saetas inflamadas en divino valor que abrasaban los pechos de los conquistadores, infundiéndoles ardimiento irresistible. Y como se adelantan las huestes vencedoras en los campos de batalla con los ojos fijos en el pabellón nacional o en el penacho blanco de su invencible jefe, así los hijos de España avanzaban con las miradas y el corazón puestos en la blanca hostia que les mostraba a su Rey adorable.

Terminada la conquista, debía nacer una nueva raza, surgir un pueblo nuevo de americanos y españoles; y, por lo que a nosotros se refiere, fue creada nuestra nación a los pies de Jesús Sacramentado, en aquel día venturoso en que, demarcados los linderos de la que debía ser la capital y esbozados las leyes que la debían regir, descendió a la voz del sacerdote, sobre el humilde altar de la conquista, el rey inmortal de las naciones, bajo las apariencias de pan, a recibir oficialmente las adoraciones y vasallajes de sus nuevos súbditos, a consagrar y bendecir la incipiente nación y a prometerle su perpetua asistencia y compañía.

Desde entonces Jesucristo, tomando posesión del reino de las almas, domina en las instituciones y leyes, y recibe

el homenaje de sus fieles vasallos; y ni el tiempo, ni los cambios de gobierno, ni el progreso, ni las decadencias temporales, han sido parte a extinguir este glorioso reinado, antes bien, crece con el andar de los tiempos. En día no muy lejano al nuestro, fue de modo solemne consagrada una vez más nuestra república al Sagrado Corazón de Jesucristo, y hoy acude en masa a rendirle espléndido homenaje con el Congreso Eucarístico. Jesucristo vive en Colombia, Jesucristo reina, Jesucristo impera en medio de nosotros; y de tal modo vive, y de tal manera reina, que bien podemos decir que es el alma y como la forma substancial de la patria colombiana, de suerte que si por funesta desgracia se pretendiera en algún tiempo desterrarlo de las instituciones y leyes, seguiría viviendo, ejerciendo su imperio indestructible en el inviolable recinto del hogar, y en el tabernáculo viviente en que le rinde culto la conciencia individual en el sagrado del corazón.

NUESTRO AMO es el título que le damos todos, lo mismo los que mandan y se sienten absolutamente libres, que los súbditos humildes de las potestades temporales. Y este nombre de AMO NUESTRO nos es tan dulce y tan caro, nos honra tanto, que no seríamos capaces de cambiarlo por otro título ninguno. Es el Amo por excelencia y el único a quien, en nuestra alma altiva, damos tal nombre, porque, en lo íntimo del alma, sentimos y profesamos la verdad de las inspiradas palabras: servir a Cristo es reinar.

El carácter de Amo en Jesucristo no lo reconocemos tan sólo de palabra, sino más solemnemente con las obras. Cuando el viajero colombiano alcanza a divisar allá a lo lejos la blanca torrecita de una aldea, balbuce al punto una oración, o con los labios del cuerpo o con los del alma: "Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar"; y si al acercarse al poblado se encuentra con una devota caravana que marcha lentamente, recitando una plegaria, no tendrá necesidad de preguntar lo que aquello significa: es que va NUESTRO AMO sobre el pecho de su ministro a la

choza humilde o a la casa señorial a ofrecerse por viático a un pobre labriego o a un opulento hacendado que le esperan por momentos, temerosos de no recibirle a tiempo, antes de emprender la última jornada. Y si a la hora más activa y bulliciosa de la feria suena el esquilón mayor en la torre de la iglesia, sucédese a la estruendosa vocería un majestuoso silencio, descúbrense las cabezas de los miles de traficantes, suspéndese en el acto toda ocupación profana, dóblanse hasta el suelo las rodillas, y vueltos todos hacia el templo, adoran al Amo soberano del pueblo, que se ofrece en ese instante en sacrificio al Padre Celestial.

Y cuanto este Amo Divino, llevado en las immaculadas manos de nuestros prelados, sale en rica y resplandeciente custodia a la portada de nuestras catedrales, ¡qué soberbio espectáculo el que se nos ofrece! Millares de espectadores colman la plaza y las calles; en un momento preciso resuenan los clarines y tambores militares, presenta el ejército las armas, cae de rodillas la inmensa muchedumbre, y con majestad soberana, envía NUESTRO AMO su paternal bendición, que reposando primero sobre la frente humilde y el pecho fervoroso de los allí presentes, salva luego las distancias y se extiende por los ámbitos de la República para derramar sus dones sobre todos los colombianos. Y esta actitud reverente de nuestro pueblo no es efecto de pavoroso temor al amo que levanta el látigo para infigir el castigo o amenazar al delincuente; es el brote más genuino de entrañable cariño, de amor tierno y delicado, es el instinto del corazón que ama, es el desborde de la piedad del hijo que se arroja, lleno de júbilo, en el regazo materno, o que salta al cuello del bondadoso padre para estampar en su frente el ósculo de amor reverente.

Este mismo sentimiento es el que de modo tan espontáneo y admirable ha conmovido a la nación a la primera idea del Congreso Eucarístico, lo que la ha electrizado y hecho acudir de todos los ámbitos del patrio suelo a tomar parte en los homenajes de fe y amor y adoración que esta-

mos presenciando. Por su parte Jesucristo ha abierto más amorosamente los brazos y ha dilatado más su corazón adorable para recibir a todos los que vienen a visitarle, para enriquecerlos de dones y de gracias superabundantes, para saciarlos en el regio banquete en que El mismo se otorga en alimento.

II

Mas si es grande el entusiasmo con que rivalizan los fieles y corporaciones para tomar parte en los festejos, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario se siente, con más justos títulos que nadie, obligado a tributar honor a Jesucristo en el misterio de su amor, no sólo por ser este instituto la cuna de la república, cuya alma es y será siempre Jesús Sacramentado, sino porque aquí tuvo nacimiento, si no el amor a la Eucaristía, ya infundido desde el principio en el corazón de los habitantes, sí el desarrollo del culto externo y de los homenajes públicos que, creciendo día por día, han obtenido su más alta cumbre en la explosión de homenajes del presente Congreso.

Don Fray Cristóbal de Torres fundó este Colegio, congregación de gente noble, como acertadamente lo define, ordenado de primera instancia a la veneración divina, y dióle por principal maestro y guía al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que con mirada de ángel penetró en lo más íntimo del misterio eucarístico, que con piedad y ciencia inenarrables expuso tan admirablemente su doctrina, que mereció la expresa aprobación de Jesucristo con aquellas honrosísimas palabras no dichas a hombre alguno: "Bien escribiste de mí, ¿qué recompensa quieres?" que es el autor inimitable del oficio que recita la Iglesia en la solemnidad del Corpus, y que es, por alta manera, el apóstol y doctor de la Eucaristía en el mundo cristiano.

Prescribió el señor Torres a los colegiales la comunión frecuente; para estimularlos más a recibirla, les recuerda en las constituciones, que Dios, hombre consagra-

do, es pan de vida y entendimiento: pan que alimenta la vida sobrenatural de las almas y entendimiento de los estudios, para penetrar en lo más oculto de las ciencias. Y después de disponer en otro lugar lo relativo a la veneración divina, al culto que de año en año y día tras día debe rendir el Colegio a Jesucristo Sacramentado, reputando por nada todos los demás bienes con que lo enriqueció, mirando el porvenir de Colombia, termina diciendo :

“Y esta es la mayor riqueza que podemos dejar al Colegio de Nuestra Señora.”

Sabía muy bien el fundador que sólo honrando dignamente a Jesucristo, pueden llegar a ser los alumnos de su Colegio, “varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres.”

Muy bien que los jóvenes aprendan a recorrer con pie seguro los senderos de la humana sabiduría, que escalen las alturas de la ciencia y coronen la cima, ciñendo las sienas con la auréola del saber; que, dominadores de las literaturas antiguas y modernas, sepan disertar con acierto y lucimiento en los primores del arte literario; que con verbo fácil y brillante conmuevan las fibras más sensibles del corazón humano y hagan pensar hondamente; muy bien que en ritmo armonioso pinten con vivos colores la belleza, o que con vuelo rápido y mirada atrevida asciendan a los cielos, cuenten y midan las estrellas del firmamento, y se apoderen del rayo y lo dominen para hacerlo servir al progreso y bienestar de los hombres; que se enseñoreen de los variados campos de las ciencias naturales, o que penetrando en los oscuros dominios de la metafísica, investiguen las causas supremas de las cosas creadas, o que en alas de la razón y de la fe alcancen la solución de todos los problemas sociales: si no son dechados del culto divino, si no aman de veras a Jesús Sacramentado, no serán los

varones insignes que espera el ilustre fundador, como fruto digno del Colegio del Rosario.

Desde la primera hasta la última página de nuestras Constituciones, palpita el amor a NUESTRO AMO SACRAMENTADO: el señor Torres supo, no diré retratar, sino estampar y dejar en ellas su corazón y su alma.

Todos los arzobispos de Colombia se han distinguido por su devoción al SANTÍSIMO: ninguno tanto como nuestro fundador. El instituyó las procesiones de Corpus y los devotos octavarios que le siguen, ordenó que fuera esta institución piadosísima observada no sólo en las ciudades populosas, sino en las aldeas más humildes y retiradas, y, puestos siempre los ojos en su amado Colegio, dispuso que la procesión se hiciera en Bogotá, pasando por el claustro del Rosario; que al llegar a la puerta de la capilla recibieran los colegiales el palio, hicieran los honores de casa a su Dios y Señor, lo condujeran por estos mismos corredores y siguieran luego acompañándolo por las calles, con cirios encendidos, hasta dejarlo de nuevo en la iglesia catedral, de donde había salido.

Por rigurosa costumbre de los tiempos, no se permitía a los naturales, que amaban a Jesucristo tanto como los mismos españoles, recibir la sagrada Comunión sino después de pruebas prolijas y desesperantes de idoneidad, de instrucción y de integridad de vida; y tenían que limitarse a adorar de lejos, a contemplar a penas la hostia santa cuando el sacerdote la elevaba en el altar o la exponía solemnemente en la custodia; pero acercarse a ella los labios, recibir dentro del pecho el banquete divino que anhelaban, era para ellos casi un imposible. El señor Torres admitió a los indios lo mismo que a los blancos a la sagrada mesa, sin exigirles más preparación que la estrictamente necesaria, dadas su condición y apocamiento, y tuvo, entre otros, el consuelo de palpar la gratitud con que fue acogida de los naturales la noticia de tal disposición, recibiendo el obsequio valiosísimo para su corazón de padre, de una mitra de

paja que el Prelado prefería, en las fiestas más solemnes, a las de oro finísimo.

Y prueba manifiesta de intenso amor a la Sagrada Eucaristía fue aquella obra laboriosa, tan loada en su tiempo: la *Lengua Eucarística*, que ya es un himno a Jesucristo, autor del sacramento, ya un encomio sublime del Ángel de las escuelas, patrono y maestro del Colegio, a quien juzga el escritor, y con razón, la más elocuente y piadosa lengua eucarística que Dios haya dado a la Iglesia para cantar en el mundo las grandezas infinitas del sacramento de amor. Eslo además el esmero que puso en que el altar de la capilla abundara en emblemas alusivos al Sacramento, como intentando enseñar por variedad de maneras los efectos saludables de la Sagrada Eucaristía, el respeto que se le debe, la veneración que reclama y el fervoroso amor con que es preciso recibirla.

Hoy, a causa de tristes vicisitudes por que ha pasado el Colegio, sólo se ostenta en el modesto altar de la capilla que reemplaza al antiguo, como signo eucarístico, la imagen del Angélico Doctor, mostrando en la custodia que estrecha en la mano la forma sagrada y provocando a los alumnos a adorarla.

Pero aunque algo en lo material haya cambiado, aunque algunos de los objetos legados por el fundador hayan desaparecido totalmente, con excepción de pasajeros días de tristes recuerdos en que el imperio de las constituciones dejó de estar en vigor, nunca desapareció el espíritu católico del Colegio en su vida ya tres veces secular; y hoy lo mismo que siempre, y quizás con mayores creces que nunca reinan, hasta en el ambiente del claustro, la ferviente y tierna devoción a Jesús Sacramentado. Los hijos del Colegio tuvieron parte no pequeña en la idea inicial del Congreso Eucarístico, activaron el desarrollo y crecimiento de lo que al principio pudo parecer una amable quimera, y hoy, con sobra de regocijado entusiasmo, cooperan en la medida de sus fuerzas a los actos de sincera piedad del pueblo colombiano. Y cuando las so-

lemnidades exteriores del presente Congreso hayan pasado y quede apenas su recuerdo grabado por siempre en los anales del Colegio, para grato solaz y enseñanza fecunda de las generaciones venideras que frecuenten estas aulas; ellos, con ahinco nuevo, con redoblado empeño, con emulación creciente, laborarán, en todos los días de su vida, por rivalizar en la piedad y en el amor de Jesús Sacramentado, y quién con la pluma, quién con la palabra, quién con la voz más eficaz del ejemplo, intentará ser el más elocuente panegirista de NUESTRO AMO Sacramentado.

JESUS SACRAMENTADO

Siento en mi sér inmensas claridades,
Bajadas a torrentes desde el cielo,
Que rasgan de mi vista el denso velo
Y apaciguan en mí las tempestades.

Hoy el supremo Dios de las bondades
Me toca, y al impulso de su anhelo,
Huyo de las miserias de este suelo
Y en ellas abandono mis maldades.

Entonces el Señor cambia mi pena
Por dulce, por feliz melancolía
Y de esperanza el corazón me llena.

Mientras que llega el suspirado día
En que rompiendo el alma su cadena
Me inunde en luz, y en paz, y en alegría.

JOSÉ GERMÁN MALO